

La Voz de Mondoñedo

PERIODICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Mondoñedo un mes.	0'40 Ptas.
Fuera trimestre.	1'50 "
Extranjero, un año.	10'00 "
Número suelto.	0'10 "
Atrasado.	0'20 "

Año IV.

PAGO ADELANTADO

Anuncios y reclamos á precios convencionales

SE PUBLICA LOS SABADOS

Mondoñedo, 7 de Abril de 1906.

No se devuelven los originales que se nos remitan para su inserción, respondiendo de ellos sus autores.

Toda la correspondencia al Director. Para suscriptores, anuncios y encargos dirigirse á la Administración, en la papelería de J. Lombardía.

Núm. 159

2.-Progreso-2.

Los Trenos de Jeremías

La Iglesia está de luto; recuerda y solemniza aquellos grandes días, en que todo un Dios permitió que le clavasen en una Cruz para salvar al mundo, é inclinando su cabeza coronada de espinas, lo salvó. Cubiertos se ven de gasa fúnebre los altares, los sacerdotes están enlutados, el santuario lleno de misteriosas tinieblas. Al hollar el cristiano sus losas sagradas, siento estremecerse el pie, y su ánimo sobrecogerse de santa y majestuosa tristeza, porque aquellas tinieblas, aquel luto, aquella gasa fúnebre que en señal de desconsuelo cubre el tabernáculo del Señor, le dicen con voces mudas, pero elocuentes, que ha muerto Jesucristo.

Los brazos abiertos, como para abrazar al mundo, y hecho la mofa del mundo, Jesucristo espiró... Los ángeles lloraban.

La Iglesia, á la luz de la fe, contempla en estos días á Jesucristo cargado con una cruz, á Jesucristo espirando, á Jesucristo descendiendo al sepulcro; y ved por qué solloza y vístese de luto, como viuda inconsolable.

En medio del santo silencio y de las sombras misteriosas del santuario, resucunan, haciendo llorar al alma, unos cánticos de tristeza inefable. En todos los ángulos de la tierra el pueblo, arrodillado, escucha religiosamente aquellos melancólicos acentos, acentos que há veinticinco siglos, cubierta de ceniza la cabeza, exhalaba Jeremías á vista de las ruinas de Jerusalem.

Nabucodonosor, aquel gran rey que soñó hacerse Dios, y tan luego le tocó la mano de Dios, descendió á ser ménos que esclavo, había entrado á fuerza de armas á Jerusalem, y asolado sus edificios, y abrazado su templo, y llevado á la flor del pueblo judío en duro cautiverio á la altiva Babilonia.

Cuarenta y cinco años hacía que el gran profeta derramaba lágrimas, y las interponía entre Dios y el pueblo de Israel, por ver si moviéndole á penitencia, podía apartar de sobre él la cólera divina. Mas al contemplar que sus abominaciones la habían hecho por fin estallar, que era grande como el mar el quebranto de Jerusalem, tan grande como la insolente alegría de la triunfante hija de Edom, sentóse el Profeta á llorar, y suspiró entre las ruinas de su pueblo sus inefables lamentaciones. Pero cuando lloraba la desventura, dispersión y cautiverio presente, veía también con la luz del cielo, y lloraba al propio tiempo la desventura por excelencia que un día, y en castigo de su atroz deicidio, caería sobre Jerusalem; la dispersión sin ejemplo por la que, arrojados sus hijos en medio de enemigas naciones, serían los testimonios vivientes de la viviente cólera de Dios; y el cautiverio, por fin, en que había de tenerlos el espíritu de las tinieblas, hasta que adorando en Jesucristo al Dios de

Abraham, les reuniese éste por su piedad infinita al pie del monte Nevo; y allí á vista de la misma nube que vió Moisés, y se manifestó á Salomón en la dedicación del templo, le descubriera, brillando de majestad y misericordia, el arca de la alianza.

Por esto y por ser tales cánticos la expresión más viva del más profundo dolor, úsalos nuestra madre Iglesia en los días de más triste y sombría solemnidad.

Abrid el libro santo, y leed:

“Y aconteció, que después que Israel fué reducido á cautiverio, y Jerusalem quedó desierta, se sentó el profeta Jeremías llorando, y endechó sobre Jerusalem con esta lamentación, y suspirando con amargura de ánimo, y dando alaridos, dijo (1):

—¿Cómo está sentada solitaria la ciudad llena de pueblo? ha quedado como viuda la señora de las naciones: la princesa de las provincias ha sido hecha tributaria.

—Los caminos de Sión están de luto, porque no hay quien venga á las solemnidades: todas sus puertas destruidas, sus sacerdotes gimiendo, sus doncellas desaliñadas, y ella oprimida de amargura.

—¿Cómo cubrió el Señor de oscuridad en su furor á la hija de Sión? arrojó del cielo á la tierra inclita Israel, y no se acordó de la pena de sus pies en el día de su furor.

—Y de la hija de Sión se fué toda su hermosura: sus príncipes han sido carneros, que no hallan pastos; y se fueron sin fuerza delante del que los iba siguiendo.

—Los hijos de Sión, inclitos, y vestidos de oro muy fino, ¿cómo han sido reputados por vasijas de barro, obra de manos de alfarero?

—Los que comían deleitosamente murieron en las calles: los que se criaban en la púrpura, abrazaron el estiércol.

—Todo su pueblo gimiendo y buscando pan: dieron todo lo que tenían más precioso por comida para refocilar su alma.

—Llamé á mis amigos, y ellos me engañaron: mis sacerdotes y mis ancianos fueron acabados en la ciudad...

—Mira, Señor, y considera á quién has vendimiado así... ¿Con que es asesinado en el santuario del Señor el sacerdote y el profeta?

—Quedaron á fuera tendidos en tierra el mozo y el viejo; mis doncellas y mis jóvenes cayeron á espada: los mataste en el día de tu furor: los heriste y no tuviste lástima.

—Llamaste de los contornos como á un día solemne á los que me aterrassen, y no hubo en el día del furor del Señor quien escapase, ni fuese dejado: los que crié y alimenté, mi enemigo los acabó.

—¿A quién te compararé? ¿ó á quién te asemejaré, hija de Jerusalem? ¿á quién te igualaré, y te consolaré, oh virgen hija de Sión? porque grande es como el mar tu quebranto: ¿quién te remediará?

—Tus profetas vieron para tí cosas falsas y necias, y no te manifestaban tus maldades para moverte á penitencia...

—Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor!

—Palmearon por tí con las manos todos los que pasaban por el camino: silbaron y menearon su cabeza sobre la hija de Jerusalem, diciendo: ¿Es esta la ciudad de perfecta hermosura, el gozo de toda la tierra?

(1) Versículos entresacados de los cuatro primeros capítulos de los Trenos de Jeremías.

—Gózate y alégrate, hija de Edom, que moras en tierra de Hus: á tí también llegará el cáliz, embriagada serás y desnudada.

—Abrieron sobre tí su boca todos tus enemigos: silbaron y crugieron los dientes y dijeron: Nos la tragaremos: ea, este es el día que esperábamos, lo hemos hallado lo hemos visto.

—Levántate; alaba de noche en el principio de las vigilia: derrama como agua tu corazón ante la presencia del Señor: alza á él tus manos por la vida de tus chiquitos que desfallecieron de hambre...

¡Qué poesía! aún cuando sólo humanamente la consideremos, ¡cuán bella y augusta poesía! Asistimos á la ruina, contemplamos la desolación de Jerusalem. ¡Qué imágenes, qué expresión, qué colorido! y sobre todo ¡qué tono tan lúgubre y desconsolado! Jamás encontró la musa cristiana una voz más dolorosa, fuera sea la de Job; pero Job personificaba á la humanidad en el más subido grado de sufrimiento, y por eso arrancaba de sus entrañas aquel grito de «¿por qué fué concedida luz al miserable y vida á aquellos que están en amargura de ánimo?»

El ilustre Bossuet decía, que Jeremías había igualado las lamentaciones con los dolores; y críticos distinguidos han reputado sus Trenos como el más bello modelo de poesía elegíaca que nos haya quedado de los tiempos antiguos sin encontrar rival en los modernos. Nosotros que así lo creemos, pensábamos en prueba de ello revelar alguna de sus admirables bellezas; mas al abrir el libro de la vida y al releer las lamentaciones, sentimos agolparse las lágrimas á los ojos, y caerse el libro santo de las manos... No es extraño, pensábamos en nuestra patria; al través del polvo de Jerusalem, veíamos el cadáver de España.

¿Cómo pudieramos conservar bastante serenidad en la cabeza, y sosiego en el corazón, para hacer notar las bellezas literarias de los versículos trascritos, cuando las grandes verdades que encierran y las terribles desventuras que pintan, pueden casi exactamente aplicarse á nuestra patria infortunada? ¿Qué hemos visto nosotros, infelices? Estábamos en la cuna y aún casi reumbaba en nuestros oídos el estampido del cañón francés; la leche que mamábamos era amarga. Apenas habíamos llegado á la edad de la infancia, y en vez de entregarnos á la inocente alegría de sus juegos, rodeábamos á nuestros padres tempranamente envejecidos, y escuchábamos de su boca la historia de las desgracias pasadas en medio de las presentes desventuras.

Nuestros padres nos decían: hijos míos, el cielo os conceda gozar de días más apacibles y serenos ¡votos sagrados, mas no oídos por el cielo!

¿Quién de nosotros al poner el pie en la carrera de la vida no retrocede con espanto? ¿Quién de nosotros no ha llevado luto por su padre ó su hermano, ó su más tierno amigo, muertos en guerra fratricida? ¿Quién de nosotros no ha lan-

zado un grito de terror cuando arrancaba la peste más cruel de nuestros mismos brazos, y de un solo golpe, á la madre que formaba las delicias del corazón; á la esposa, encanto de la vida; al hijo, esperanza de la vejez? No hemos visto sino calamidades; sangre en los campos, sangre en las ciudades, pestes, miserias, revoluciones sucediendo á revoluciones, guerras civiles brotando de otras guerras civiles, y á España por todas partes despedazada y hecha un cadáver, cuyos restos miserables disputánselo perros hambrientos y devoradores.

Y no es esto aún lo más doloroso; lo que aflige desesperadamente el ánimo es levantar los ojos al cielo para leer en él una esperanza siquiera, y no ver en el horizonte sino señales de próximas y más desoladoras tormentas.

Tus profetas, decía Jeremías hablando á Jerusalem, vieron para tí cosas falsas y necias. También nosotros hemos tenido profecías semejantes; mas aquellos no insultaban al ménos las lágrimas de Jerusalem, diciéndola que era dichosa.

¡España! ¡Desgraciada patria mía! ¿Cuál de tus buenos hijos leales no derrama inextinguibles lágrimas al contemplarte, y cuál de ellos no exclama con grande alarido á semejanza del profeta de los dolores:

¿Cómo está sentada solitaria la gran nación que llenaba á los pueblos con sus ejércitos, el mar con sus navíos, el universo con el ruido de sus glorias?

¡La que arrolló, lanza en mano, á los guerreros de Ismael; envió sus hijos á Grecia, y Grecia cayó á sus pies; tronó en Lepanto, y estremeciósela Media Luna sobre las las mezquitas de Constantinopla; voló á Pavia y recogió la espada de un gran Rey; atravesó las soledades del Océano y plantó en un mundo nuevo un estandarte divino?

Los pueblos temblaban al sonido de su voz; los reyes se alzaban en sus tronos para acatarla.

Y ella, querida del cielo, resplandecía en medio del mundo que silenciosamente se le inclinaba, con un manto de oro sobre sus hombros, la corona de veinte naciones en su frente, el cetro de dos mundos en su mano.

Ha caído, ha caído del cielo la estrella, que entre todas más bellamente lucía; ha quedado como viuda la reina de las naciones; ¡mirad la señora de las provincias, como ha sido hecha tributaria!

Como á una prostituta la han tratado; sobre ella misma rasgaron su manto de púrpura, dejaron en su frente para escarnio una sombra de corona, y en su mano pusieron una caña infame.

Al estampido del cañón se agitó: era muy lúgubre aquel estampido; volvió los ojos y vió descender á un Rey del trono para entrar en el sepulcro.

Al rededor de aquel sepulcro agolpáronse sus hijos; ninguno lloró; miráronse muchos con furor, y debajo de sus mantos crugían temerosamente las armas.

La hija de la desventura dió un largo gemido.

¿Quiénes son esos que tan furiosamente se combaten? ¿Quiénes son esos cuyos ojos centellean de alegría al despedazarse unos á otros, y beber bárbaramente su sangre?

La hija de la desventura á unos y á otros les llamaba sus hijos. Lo que huye de la espada, devóralo el fuego; lo que escapa del fuego, el hambre lo consume. El ángel de la venganza va á acabar con los primogénitos del pueblo maldecido.

Señor, tu ira estalla sobre nosotros: Señor, tu ira se ha redoblado.

Ese cielo está enepotado y sombrío: del Norte, del Norte viene una plaga devoradora. Los pueblos saltan de terror: estremecidos, le han dado un nombre espantable, ese es su nombre, esa es la cólera de Dios que pasa entre vosotros para visitar las entrañas de mi patria.

Ensanchad esas lúgubres ciudades, moradas de los muertos.—Hasta mañana, amigo mío.—Un mensajero llega: tu amigo está espirando.—Otro: tu amigo ha espirado.

¿Por qué tan místicas y tan solitarias las calles? ¿Por qué has descendido á los subterráneos, como si allí no te viese la ira de Dios? Asoma la desmelenada cabeza, y verás; aplica codiciosamente el oído, y oírás; los que van por las calles, atónitos van, espantados, precipitadamente, como si la muerte les siguiera; negros ataúdes cruzan lenta y melancólicamente por ellas, y en hoyo profundo caen mezcladas la juventud y la vejez, el que fué rico, el que ya no es indigente.

Ahora sí que sois todos iguales. ¡No han podido los grandes alcanzar las vanidades de las pompas fúnebres! ¡No han podido disfrutar ni de un sepulcro de piedra! Tenía prisa la muerte.

La recién desposada huye del lecho de su esposo; la madre deja caer en tierra al pequeño hijo que colgaba de su pecho. Pero tus sacerdotes; buen Dios! van á pagar el odio y el desprecio rodeando amorosamente el lecho de los moribundos.

Apíñaos, sacerdotes de Dios, los que le haceis descender del cielo con vuestra palabra; apíñaos al derredor del altar, á la sombra del mismo Dios..... esos tigres golpean con hachas sacrilegas las puertas del santuario, las han despedazado, precipítanse de tropel. El infierno se alegra. Apíñaos al rededor del altar, sacerdotes del Altísimo.

¡Maldición sobre tí, hija de maldición! ¡Las losas del santuario están bañadas de sangre!

¡La sangre de tus hijos, Señor, ha salpicado tu altar! Señor, tú has visto la sangre de tus hijos.

Por todas partes estalla el estruendo de armas; por todas alumbrá ruinas la luz de los incendios; por todas álzanse bramando los pueblos.

¡Dejad que esos hombres luchen y se despedacen! ¡Dejad que arrastren á sus mismos caudillos! ¡Dejad que invadan embriagados el alcázar de sus reyes!

¡Pero ¡madres, no esperéis abrazar á vuestros hijos! Vestíos de luto, ¡oh, vírgenes! no escuchareis palabras de amor de la boca de vuestros amantes. El sepulcro no restituye su presa.

¡Bienaventuradas las estériles, al menos morirán por el crimen de haber engendrado un hijo! ¡Bienaventurados los que no tienen padre; esos niños los tenían y ya no existen! ¡Bienaventurados sobre todos los que no han visto la luz en estos días de maldición!

Todo el pueblo está gimiendo y pidiendo pan; todo el pueblo siente el filo de la espada sobre su cabeza. Pero el Señor, al enviar su

ira sobre los pequeños, no se ha olvidado de las frentes elevadas.

Los Próceres han trocado su manto de púrpura por los andrajos de mendigo.

Ese príncipe vive en innoble cautiverio; hubiérale abrumado las sienas una corona de oro; pero lleva con dignidad la corona de la desgracia.

¿Y eres tú también hermano de un rey? ¡Ah! pareces «como carne de carnero que no halla pasto, y vas sin fuerzas delante de los que te van siguiendo.»

A esa reina, á esa reina la han coronado con corona de tribulación; sus amigos la vendieron; los que decían, ven y adornaremos de flores, ¡oh, ángel! tus caminos, la repelen y gritan con frío desdén: mujer, vete... y ella se va llorando; los alaridos de sus hijas rompen el alma.

¿A quién ¡oh, patria! te compararé? ¿A quién te diré semejante? abatida estás, exáuíme te postras, hecha un cadáver.

Las naciones te han herido ignominiosamente con el pie, han reído con escarnio y se han hablado entre sí; ¿y esta es la nación que ceñía con sus brazos la tierra, y pudo con su solo nombre estremecerlos?...

Alegráos ahora que es llegado vuestro día, y alégrate sobre todos, tú que te has vestido con nuestra desnudez, tú que te engrandeces con las desventuras del mundo; alégrate, que también á tí llegará el cáliz y serás embriagada, y se espantarán las naciones al ver que ningún navío sale de tus puertos, y se sentirán vengadas al contemplar las convulsiones de tu agonía.

¿Pero que tienes tú, qué tienes tú, patria mía, que exhalas ahora ese grande gemido, y te levantas azorada de tu lecho de muerte? ¿Por qué revuelves á todas partes el semblante pálido y asombrado? ¿Acaso sientes bajo tus pies estremecerse la tierra con el rumor de amenazantes revoluciones? ¿Has oído acaso la voz de tus enemigos que decía: «Nos la tragaremos; ea, este es el día que esperábamos, lo hemos hallado, lo hemos visto?»

Caer de rodillas, hija de la desventura; caer de rodillas, y cubrir de ceniza tu frente, y clama de lo hondo de tus entrañas al Dios de las piedades:

«Acuérdate, Señor, de lo que nos ha acaecido: repara, y mira nuestro oprobio (1).

Nuestra heredad ha pasado á forasteros: nuestras casas á extraños.

Huérfanos hemos quedado sin padre, nuestras madres como viudas.

Los ancianos faltaron de las puertas: los jóvenes de la danza de los tañelores.

Faltó el gozo de nuestro corazón: convirtiéndonos en luto nuestra danza.

Cayó la corona de nuestra cabeza, ¡ay de nosotros! porque pecamos.

Por esto nuestro corazón ha quedado melancólico; por esto se han entenebrado nuestros ojos.

A causa del Monte Sión, que fué destruido, raposas anuvieron en él.

Mas tú, Señor, eternamente permanecerás, tu sítio por generación y generación.

¿Por qué nos olvidarás para siempre? ¿Nos desampararás por largura de días?

Vuélvenos, Señor, á tí, y nos volveremos; renueva nuestros días como al principio.»

A. APARISI Y GUIJARRO

(De Pensamientos y Poesías).

PASIONARIAS

STABAT MATER

De pie, junto á la Cruz, sufre María toda la intensidad de sus dolores contemplando al Amor de sus amores en aquellas tres horas de agonía.

«Mujer: clama Jesús, (no madre mía)

(1). Versículos entresacados del capítulo V de los Trenos.

ni mis tormentos ni mis penas llores; que ahora tus hijos son los pecadores, los hijos de tu amor, desde este día.»
Y Ella humilde á la voz del Cristo amado como á la de Gabriel en Galilea, nos dá su corazón inmaculado.
¡Dulce maternidad! ¡Bendita sea esa Mujer, que al hijo del pecado, hijo del Cielo, en sus dolores, crea!

J. M. MACÍAS.

La Virgen de los Dolores

Madre amorosa, perdón que yo lo crucifiqué.—ZORRILLA.

La frente inclinas al suelo y el llanto tu rostro abrasa: Madre mía, ¿qué te pasa que tan profundo es tu duelo?

Por qué, Madre celestial, símbolo de tu quebranto envuelve fúnebre manto tu figura virginal?

¿Qué significan, qué son esas terribles espadas cuyas puntas aceradas traspasan tu Corazón?

¿Por qué lloras, Madre mía, y va ese llanto á raudales tus mejillas celestiales surcando, Virgen María?

¿Te horroriza la visión cuando en profético sueño miras pendiente de un leño al Hijo del corazón?

¿Lloras porque Herodes cruel, sobre Jesús cierno airada y amenazadora espada, y huyes por librarle de él?

¿O es que el rostro en llanto bañas, y sientes el pecho herido, viendo tres días perdido el Hijo de tus entrañas?

¿Qué causa tu desventura?

¿Ver ese manso cordero cruzando con el madero la calle de la Amargura?

¿Mirarle en la cruz clavado bañándole sudor frío?

¿Oírle gritar: ¡Dios mío, por qué me has desamparado?

¿Lloras, ¡oh Virgen María! al verle en tus brazos yerto?

¿Lloras viendo que está muerto el que fué la luz del día?

¿Madre, Madre! escuchame, yo he causado tu aflicción;

Virgen bendita, perdón, ¡que yo lo crucifiqué!

MARIANO ARENILLAS SÁINZ.

La catástrofe de Courrières

Mineros resucitados.—Veinte días enterrados.—Sus alimentos.—Escenas conmovedoras.—Otro obrero resucitado

La prensa madrileña trae noticias, que con fecha 30 del próximo pasado mes le comunican sus corresponsales de París, detallando el salvamento de trece supervivientes de la catástrofe ocurrida en Lens en las minas de Courrières que se encontraban en el pozo número 102, y que por espacio de veinte días permanecieron en un terrible suplicio alimentándose de carnes putrefactas y de la avena mal digerida que se hallaba en los intestinos de los caballos muertos.

La impresión que nos produce el hecho, que podemos considerar milagroso, nos induce á transcribir las escenas porque han atravesado aquellos infelices mineros, para que nuestros lectores puedan tener noticia detallada de los horrores sufridos por los que se consideraban entre los desaparecidos.

Hé aquí cómo se verificó el encuentro de estos obreros que se han sobrevivido á sí mismos y que reaparecen en la existencia social después de habérseles tributado exequias fúnebres.

«Al amanecer del día 30 penetraron en los pozos y se extendieron por las galerías los grupos de obreros que venían trabajando en el salvamento. Reanudaron su trabajo, enlazándolo con el hecho por los «equipos», nocturnos. Ocupábanse exclusivamente en combatir el fuego que el grisú había determinado en los pozos números 21 y 3. A las seis y treinta y cinco minutos de la mañana los obreros que en esta zona de la mina trabajaban se disponían á subir á la superficie para gozar del tiempo de descanso reglamentario. Entonces un obrero llamado Giordau se detuvo cuando iba á apoyar sus manos en la escala de ascensión. Creía haber escuchado lejanos lamentos. Apar-

tóse un tanto, prestó atento oído y grito con voz fuerte:

—«Compañeros, no subáis! ¡Aquí hay «hombres vivos, aquí nos reclaman auxilio!»

Refiérese que ninguno de los obreros prestó atención á estas palabras. El que las había pronunciado tuvo que insistir y entrar en explicaciones.

—«Si—añadió—he oído voces de «¡aire, socorro!», No tengo duda alguna, á pocos metros de nosotros están algunos compañeros nuestros que reclaman nuestro auxilio.»

La insistencia con que Giordau afirmaba haber oído voces en el extremo N. O. de la galería, produjo efectos inmediatos. Los obreros que iban á interrumpir su trabajo acudieron hacia el lugar que se les indicaba. Dos ingenieros fueron avisados. Uno de ellos, M. Petitjean, armado de su lámpara, se adelantó á todos y entre los escombros avanzó resueltamente. Destrozándose las manos para apartar las viguetas rotas, ensangrentándose las uñas, penetrando por un espacio en el que apenas cabía su cuerpo, llegó á un punto en el que de improviso se encontró con la cabeza de un hombre que reía como un loco.

Soy—dijo este hombre inesperado—Nemy. Detrás de mí hay otros. Sacadnos pronto. Nos vamos á morir.

Y estas palabras eran acompañadas de risas. El manicomio aparecía en el fondo de la mina.

M. Petitjean gritó:

—«Si, compañeros, hermanos, venimos por vosotros. Venimos á salvaros. Un poco más de ánimo y pronto veréis el sol.»

Después, M. Petitjean dijo á los mineros que le seguían:

—«Hay que abrir camino para estos hombres. ¡Un esfuerzo supremo y los sacaremos á la vida!»

Comenzó entonces un trabajo terrible, en el que las herramientas eran abandonadas, estimándose más útiles las manos, porque en ellas ponía el alma directamente su impulso.

* * *

Veinte minutos ó poco más bastaron para que el estrecho agujero por el que se asomó el rostro de Nemy, sirviese de lugar de paso á los demás supervivientes. Nemy, es uno de los capataces de la mina. Tiene unos cuarenta años de edad, es saboyano y trabaja en la Compañía de Lens desde hace largo tiempo.

Cuando salió del agujero por donde se había asomado y le recogió en sus brazos el ingeniero M. Petitjean, reía y lloraba.

—«Ahí vienen—decía—los otros. Todos venimos medio muertos. Son otros doce. Doce y yo trece.»

Empezaron á salir los mineros resucitados. Todos ellos, al recibir en el rostro el resplandor de las lámparas, se tapaban los ojos con las manos. El hábito de las tinieblas en los veinte días de sepultura, les había producido una excitabilidad extraordinaria en la retina.

Nemy y sus compañeros de sepultura avanzaban tambaleándose con las manos en los ojos para impedir la herida del rayo luminoso. Unos reían como locos, otros jadeaban como cansados, alguno se arrastraba sin energía bastante para avanzar. Fué necesario un grande esfuerzo del ingeniero y de sus operarios para que se realizase la marcha hacia la luz y hacia el aire libre de los que iban á ser restituidos á la existencia.

Hubo un momento solemne, magnífico—lo ha referido Petitjean.—Nemy y los otros doce obreros redivivos se encontraban ya en el túnel abierto, cerca de la jaula que iba á elevarlos á la superficie de la tierra. Los otros obreros que habían contribuido por acaso á su salvamento, los rodeaban. Estos obreros, que llenos de vida, llevando pocas horas de trabajo, sanos de cuerpo y de espíritu, que se habían encontrado con que, en vez de remover escombros iban á salvar hombres, abrazaban y besaban á los resucitados, dirigiéndoles palabras de amor fraternal. En las tenebrosas y trágicas entrañas del planeta se daban un ejemplo sublime de solidaridad en el afecto. Aquellos hombres que estaban ciegos, porque durante veinte días no habían visto la luz, eran conducidos en brazos y colocados con cariñosísimo celo en la jaula ascensional.

M. Petitjean fué el último en colocarse en la jaula y al dar el orden de ascensión dijo á los obreros que quedaban abajo:

—«Seguid trabajando. Puede que haya más compañeros á quienes se pueda salvar.»

* * *

Nemy, el capataz, el que, sin duda ha contribuido con su esfuerzo á abrir camino entre la tumba á los otros obreros en-

terrados, cuando recibió la luz del sol y se encontró en la boca del pozo entre sus jefes y sus compañeros, comenzó a reír nerviosamente. Le preguntaban y él no interrumpía la risa. Un médico le administró una droga. Después de tomada, Nemy dijo, dándose grandes golpes con las manos en el pecho y en los brazos.

—Sí, sí, ya lo sé; estoy vivo, estoy sano, pero no sé cómo estoy vivo. Dejéme descansar. Quiero dormir, dormir mucho tiempo.

Fue llevado Nemy en una camilla a la enfermería. Varios médicos le acompañaban.

—Un poco de leche—exclamó en el camino.—Acabo de nacer. Vuelvo a la lactancia.

Después preguntó por los hombres de los compañeros que habían con el vuelto a la vida.

—No conozco a mis compañeros de desgracia. Deseo que todos ellos vivan para que recordemos juntos este caso extraordinario... Eso es para luego. Ahora solo deseo descansar.

Después Nemy lanzó una carcajada y empezó a agitarse nerviosamente sobre la camilla que le conducía.

* * *

Los obreros que van saliendo de la mina que parecía destinada a su sepulcro, tiritan por la diferencia de temperatura entre la negra entraña que los retuvo aprisionados y el ambiente libre del aire puro. Al ser llevados a la enfermería se les coloca en camas ya dispuestas y se les abriga con edredones.

Nemy habla incesantemente. Una gran excitación nerviosa predomina en él. Dirige su palabra al médico que le asiste y a las enfermeras.

—¿Queréis decirme—exclama—cuándo podré ir a mi casa? ¿Qué es de mi familia? Supongo está buena.

Los otros mineros resucitados no hablan. Han sido colocados en lechos. Se les administra un alimento lácteo y se procura rehabilitar sus organismos anémicos.

Es de advertir que, de todos los trece obreros supervivientes, solo hay dos heridos: Nemy, que se produjo erosiones en la cabeza, brazos y manos, tratando de abrirse camino entre los escombros, y un minero que, al verificarse la explosión del grisú, se produjo quemaduras con la propia lámpara en la cabeza y en la mano derecha.

* * *

La primera curiosidad de todos ha sido averiguar cómo han podido permanecer veinte días en el seno de la tierra estos trece hombres. El relato que han hecho va sintéticamente expresado en las siguientes líneas.

Al producirse la explosión, las lámparas se apagaron. Oyeron ruidos de hundimiento, creyendo que quedarían enterrados para siempre. Sin embargo, tenían la esperanza de ser salvados, porque confiaban en el esfuerzo de los compañeros.

La parte en que se hallaban estos trece obreros no fue invadida por el grisú. Oyeron estos resucitados terribles detonaciones, pero adivinando la causa de ellas, confiaban en que la aireación de uno de los pozos de ventilación les defendería. Así pasaron las primeras veinte horas, durante las que consumieron la resistencia por la falta de alimentos. Luego avanzaron por el túnel de la derecha, encontrando cadáveres de compañeros. Se apoderaron de las calabazas llenas de agua que aquellos tenían. Más tarde comieron los restos de alimentos que algunos de los obreros fallecidos conservaban sobre sus personas. Luego el hambre les hizo devorar pedacitos de madera.

Sobre los túneles encontraban caballos de los que tiran de las vagonetas. Estos caballos habían muerto en la explosión del grisú. Los mineros que han sobrevivido, comieron carne de estos animales. El hambre les hizo devorar carnes putrefactas. Más tarde los hambrientos devoraron la avena mal digerida que se hallaba en los intestinos de los caballos muertos.

En aquel grupo de trece hombres que ya no tenían esperanza alguna de vivir, hubo una voluntad, la del capataz Nemy, que supo mantener a todos en el aliento de la esperanza.

Nemy organizó con sus desventurados compañeros trabajos de avance. Será de interés supremo averiguar cómo, dónde y por qué los dirigió. Nemy esperaba siempre la salvación. Un detalle lo prueba: de cuando en cuando, con intrépidos breves, daba cuerda a su reloj; era que alimentaba su esperanza.

En el momento de la explosión Nemy

se encontraba en los alrededores del pozo número 3. Otras dos veces se había visto en casos semejantes, porque era viejo labrador de los surcos subterráneos. Procuró apartarse de la línea descendente, donde él creía que debía afluir el gas grisú y se vió rodeado por varios obreros enloquecidos por el terror, que chillaban estruendos. Procuró animarles, diciéndoles que la única esperanza era abrir camino y que él los guiaría.

Nemy avanzó por la única vía que estaba expedita, tropezando con cadáveres. —Pisó—ha dicho—más de sesenta... Al llegar Nemy al final del túnel núm. 37 se encontró con cuatro obreros que se habían refugiado en un mechinal y que, aterrados y enloquecidos, pronunciaban incesantemente estas palabras: —¡Aire, pan, fuera!

—Uno de aquellos hombres—sigue diciendo el narrador Nemy—me dijo si venía a salvarlos. Yo contesté: —Yo vengo a pedir que me salvéis... Entonces aquellos hombres manifestaron enojo, sorpresa y desconfianza. No me costó gran esfuerzo, sin embargo, convencerles de que todos estábamos destinados a la misma suerte.

—Permanecimos allí mucho tiempo, un siglo—luego lo he sabido—ocho días, apiñados, confundidos, aterrados, hambrientos, en la desesperación más absoluta. Había yo procurado salir del rincón negro en que me encontré al producirse la explosión del grisú, evitando la absorción de los gases venenosos. Lo mismo habían hecho los otros obreros.

Refiriendo cómo pudieron vivir veinte días en aquella situación horrorosa, ha dicho Nemy, y han repetido los otros obreros supervivientes, que todo, hasta el hambre, les era tolerable, todo, menos la falta de luz, que les perturbaba y les quitaba todo estímulo de la voluntad.

Contestando a preguntas determinadas y concretas, Nemy ha dicho:

Hallábase trabajando en un recodo de la galería, cuando ocurrió la explosión. Sintieron el temblor de la tierra, el derrumbamiento de los muros; apagáronse las lámparas y quedaron sumidos en las tinieblas más profundas.

Pasados los momentos de estupor cada uno de ellos dióse cuenta que en aquella parte de la galería no se habían desplomado las bóvedas, y que acaso los derrumbamientos próximos, al cegar los accesos habían impedido que llegase hasta ellos el efecto de la inflamación del grisú.

Agrupáronse los que allí se encontraron salvados tan milagrosamente, pero sobrecogidos de terror permanecieron acurrucados en un rincón horas y horas sin atreverse a dar un paso.

Consumieron primero las provisiones que habían llevado consigo para el almuerzo, pero después, aguijoneados por el hambre y la sed vieron precisarse a roer las vigas de maderas que apuntalaban la galería y beber sus propios orines.

No pueden imaginarse el tiempo que trascurrió así. Por fin, viendo que nada turbaba el absoluto silencio que allí reinaba y que ningún accidente interrumpía aquel reposo de muerte, se decidieron a salir de su refugio y a explorar los alrededores.

Deslizándose a tientas en medio de la oscuridad, arrastrándose por entre las rocas desplomadas, tropezando con cadáveres de compañeros, llegaron a una de las cuevas abiertas en la galería y que servía para cuadra de los caballos empleados en los trabajos de la mina. Allí encontraron avena destinada para el pienso de las pobres bestias y agua en los abrevaderos. También tropezaron con un caballo muerto y ya en estado de descomposición.

Todo esto fué un precioso hallazgo para los infelices sepultados en vida en aquellos antros. Comieron avena, devoraron el caballo y agotaron el agua de la cuadra.

Así pudieron resistir otro largo período, pero sus exploraciones no pudieron encontrar salida de aquel infierno.

A veces se les figuraba oír a lo lejos vagos rumores, ruidos lejanos que retumbaban en los senos en la tierra. Eran sin duda producidos por los trabajos de salvamento. Los enterrados, entonces, gritaban como desesperados, daban golpes en los muros, escuchaban con ansia febril pero los ruidos que habían por un momento despertado sus esperanzas, se disipaban y otra vez volvía a reinar el más horrible silencio en medio de las tinieblas.

Pasó más tiempo. Consumieron el agua de las calabazas que encontraron al lado de los mineros muertos; después royeron las mismas calabazas, luego...

otra vez a los orines, a mascar madera y tierra.

Por fin, el día 30, cuando ya estaban desfallecidos, helados y sumidos en la mayor desesperación, una corriente de aire frío los azotó el rostro. Esta corriente les animó y sirvió de guía. Era efectivamente, producida por los ventiladores que funcionaban para facilitar los trabajos de salvamento. Orientándose por dicha corriente, y haciendo esfuerzos sobrehumanos, llegaron efectivamente a un sitio en donde ya pudieron hacer notar su presencia.

Así se salvaron cuando ya les parecía mentira que pudieran volver al mundo de los vivos.

* * *

Entre los innumerables incidentes que ha producido el suceso singularísimo é inesperado de que hago relación, hay algunos que merecen ser destacados especialmente.

Trabajaban en las minas un obrero llamado Prubost y su hijo. Al ocurrir la catástrofe se supuso que los dos habían muerto. Cuando la junta ascensional del pozo donde el salvamento se ha operado empezó a echar de sí a los obreros supervivientes, madame Prubost se encontró con la sorpresa de ver que al mismo tiempo le eran entregados el esposo y el hijo.

Trabajaban ambos juntos en el mismo lugar de la mina. Juntos les cogió la explosión del grisú. Juntos han salido del abismo.

A medida que llegan las familias de los salvados ocurren incidentes conmovedores.

La mujer de Nemy entra en el salón de la enfermería. Ella va vestida de negro; es el luto de la viudez anticipada. Habíase cubierto de negras telas por la muerte, ya oficial de su marido. Nemy le pregunta: —¿Por quién vas de luto? —Por tí,—dice ella, abrazando y besando a su marido.

Al lado de estos rasgos hay otros que, aparentemente, son de una vulgaridad absoluta.

Una madre acude a ver a su hijo. El hijo es uno de los supervivientes y uno de los que menos han sufrido por milagro de su resistencia. Le ha dado un vaso de leche con unas gotas de ron y eso ha bastado para que recobre toda su energía. La madre le pregunta: —Bueno, ¿qué has hecho de tu jornal de la semana de Febrero? —El obrero contesta con gesto de desprecio: —Me lo he dejado allá abajo.

Al lado de este rasgo de egoísmo, hay otros admirables. La madre del obrero Castel pregunta a su hijo, uno de los supervivientes: —¿Qué alegría! ¿Lo tengo en mis brazos! ¿y tu hermano? (otro obrero que ha muerto en la mina). El interrogado contesta a su madre con un gesto en que se expresa la desesperación y la ignorancia del asunto que motiva la pregunta. La madre sale gritando: —Uno queda, otro me han robado.

* * *

Cuando ya se creía que no quedaría ningún minero vivo en el abismo de las minas de Courrieres, ha sido extraído otro, causando profundísima impresión.

Llevaba este obrero veinticuatro días sepultado en la mina.

También se encontraron varios cadáveres aún calientes y un caballo vivo.

CRÓNICA LOCAL

Cultos

Mañana, domingo, si el tiempo no lo impide, a las nueve y media se dará la bendición de las Palmas, en la Plaza. Después se celebrará, en la Catedral, Misa solemne a toda orquesta y ocupará la cátedra del Espíritu Santo el muy ilustre señor Magistral D. Sergio de la Vega.

Por la tarde, a las cuatro y media, habrá la procesión del *Eccus-Homo* y se predicará, por un Padre Pasionista, en la Plaza, el sermón de este acto.

El jueves, a las tres y media de la tarde, sermón del *Mandato*, en la Catedral, por D. Javier Cuadrado.

El viernes, a las seis de la mañana, ocupará la sagrada cátedra el elocuente orador Licenciado D. José M.^a Bermúdez, profesor del Seminario, predicando el sermón de *Pasión*.

A las siete y media procesión del *Encuentro*, dirigiendo la palabra a los fieles un Padre Pasionista.

Por la tarde, a las cuatro, procesión del *Santo Entierro*.

A las siete sermón de la *Soledad*, por el Sr. D. Vicente Saavedra y terminado, recorrerá las calles de la ciudad la procesión.

* * *

Ayer, viernes, terminó la novena que en honor de la Virgen de los Dolores venía celebrándose en la Catedral.

Por la mañana se dijo Misa solemne y a las siete de la tarde predicó un sermón elocuente el canónigo Sr. D. Antonio M.^a Agrelo.

Natalicio

El jueves dió a luz con toda felicidad una hermosa niña la Sra. D.^a Emérita Núñez, esposa de nuestro querido amigo el Registrador de Redondela D. Fermín Díaz Fernández.

Que sea enhorabuena.

Palacio episcopal

Está firmada ya la Real orden autorizando el proyecto y presupuesto de las obras que han de realizarse en este palacio episcopal, de las cuales hemos hablado en uno de los últimos números de LA VOZ.

El diputado Sr. Montero Villegas no desperdició la oportunidad de poder vencer en esta ocasión los inconvenientes del embarazoso y semi-eterno expediente, con el que, como todo mortal, tiene que luchar para otras importantísimas mejoras que, gracias a la iniciativa de nuestro amigo, unas, y meced a su influencia todas, han de realizarse en Mondoñedo y su distrito.

Los obreros mindonienses están de enhorabuena, pese a cierto desequilibrio muy ignorante del que se ríe hasta su compadre!

Nosotros que estamos en el secreto de ciertas explosiones ó buffidos, lo divulgaremos otro día.

Un hallazgo.—Rasgo plausible

Los niños Jacinto Baamonde, hijo del maestro barbero D. Agapito, é Isidoro Fernández encontraron ayer, viernes, en el atrio de la Catedral un bolso que contenía 275 pesetas, varias llaves, y otros objetos, é inmediatamente dieron noticia del hallazgo, resultando de las averiguaciones practicadas que correspondía al Comandante de Infantería don Pascual Cid, a quien se apresuraron a devolverlo.

Es digna del mayor elogio la conducta de dichos niños.

Destino

Ha sido destinado al batallón segunda reserva de Mondoñedo, el capitán de Infantería D. Fructuoso Arias Camisón Naranjo.

Defunciones

En la tarde del día 5 de los corrientes y después de larga enfermedad falleció en esta población la Sra. D.^a Rosa Aparicio Castillo, esposa del conocido comerciante de ultramarinos D. José Pérez Pulpeiro.

También falleció en Orense la madre política del Inspector de escuelas públicas de esta provincia, nuestro querido amigo D. Gerardo Alvarez Limeses,

R. I. P.

Movimiento de población

Nacimientos

Día 1.^o Catalina, Mercedes Barreira López, Angüín.

3. Gloria, Justa, Venancia Martínez del Campo, Plaza.

5. María del Rosario Díaz Núñez, Pacheco.

Defunciones

Día 1.^o José Rodríguez Cancio, 74 años, Asilo. José Taboille Fernández, 72 años, Asilo.

2. José Freire Bouso, 15 días, Santa M.^a Mayor. Santiago Rivero Céspedes, 3 días, Vilolle.

3. María, Josefa López Fernández, 85 años, Asilo.

5. Andrés López López, 2 años, Censuras, María, Concepción López González, 5 meses, Masma.

6. María, Remedios García Ares, 4 meses, Recadieira.

GRAN CONFITERÍA

La Dulce Alianza

2. Plazuela de Carruajes, 2.-Mondoñedo
(Frente al Cuartel de Infantería)

Esta Confitería, montada con todos los adelantos modernos, ofrece al público lo más selecto en dulces finos y corrientes, así como también en dulce de encarga, como son:

Tartas de almendra, huevo batido, Ramilletes artísticos, Platos montados, Pastelones de pollos, crema, cabez y pichones, Fuentes montadas, Budines de gabinete, de frutas y al Rhum, Creques de Lisboa, Patos, Merengadas, Flanes de leche, café, naranja y limón, Natillas a la inglesa, Cremas rusas, Tocinillos del Cielo, Tartas imperiales, Brazos de gitano, Troncos americanos, Jamón en dulce, Gallinas trufadas, Lenguas a la escarlata y todo lo concerniente al ramo de confitería y repostería, a precios sumamente económicos.

Para bodas, regalos y bautizos hay un variadísimo surtido en objetos de fantasía procedentes en su mayoría de París, a precios baratísimos.

Para Misas nuevasse elaboran especiales templetos con alegoría ó dedicatoria, a gusto del cliente.

En vinos y licores ofrece esta Casa lo más selecto que se conoce, expendiéndolos embotellados y por cuartillos, desde el más ínfimo al más alto precio, para todos los gustos por delicados que sean. Recomendamos a nuestra clientela y al público en general el tan exquisito

ANÍS INFERNAL

por ser tónico digestivo y reconstituyente; es el mejor del mundo y se expende, a pesar del alza que alcanzan los licores, a precios reducidos, por cuartillo y en botellas de un litro.

NOTA.—Esta Casa elabora, con especialidad, chocolates a brazo a 5, 6, 7, 8, 9, 10 y 12 reales libra. Por moliendas y medias moliendas se rebaja un 5 por 100.

Todos los géneros que expende esta Confitería compiten en su elaboración y buena calidad con los mejores de las casas más principales del Reino y del Extranjero.

Probad y os convenceréis.

PRECIOS ECONOMICOS

En la imprenta de LA VOZ se hace toda clase de trabajos a precios muy económicos.

IMPORTANTE A TODOS

Queréis adquirir un gergón metálico, sólido, económico y que os dure siempre? No hagáis encargo alguno sin antes haber visto las muestras y precios de la fábrica a cargo de Antonio Barro, dedicado desde hace mucho tiempo a la fabricación de gergones metálicos, en la seguridad de que os daré una completa satisfacción.

Debido a la mucha práctica se ha llevado a tal perfección la confección de dichos gergones en esta fábrica que ninguna puede competirle.

Gergones metálicos con telas desde las más sencillas hasta las más fuertes, sueltas ó colocadas en bastidores de maderas de pino, castaño y eucalipto, recomiendo esta última por sus propiedades insecticidas y su larga duración. Para la confección de las telas se emplea alambre de acero estafiado de una de las mejores casas del Extranjero, garantizando de esta manera su gran durabilidad. Además de las armazones de bastidor, las hay con cañonetas de hierro, que permiten enrollar la tela, desarmando así el gergón en muy poco tiempo. Se colocan telas en bastidores usados a precios baratísimos.

Los gergones pueden llevar, si así se desean, pies y cabeceiras de madera que podrán cerrarse quedando todo reducido al tamaño del gergón. Estos son muy útiles para hospitales y casas de huéspedes, pues en pocos minutos pueden armarse.

Se recomienda el gergón marca "Ideal", por su duración, consistiendo su tela en una combinación de cadenas con resortes de acero que permiten su elasticidad.

Se sirve cualquier medida a las veinticuatro horas. Precios sumamente baratos. Háganse los pedidos a

ANTONIO BARRO
Casa Blanca (Vilallete)—Mondoñedo

CURA HIPERCLOHIDRIA

CURA CATARRO INTESTINAL

CURA GASTRALGIA NERVIOSA CURA DISENTERIA CRÓNICA

Cura el estómago y los intestinos por crónicos que sean sus padecimientos

EL ANTIDISPÉPSICO EFICAZ IGLESIAS

(Ingrovina, Maltina, Pepsina, Pancreatina y Sales Alcalinas).

PREMIADO CON MEDALLA DE ORO

en la Exposición Internacional de París de 1904

Cura radicalmente todas las enfermedades que llevan anexa una alteración grande en todas las funciones digestivas y atonía gastro-intestinal, etcétera, etcétera.

De venta en la farmacia de Martínez é Hijo.
MONDOÑEDO

CURA VÓMITOS DE LAS EMBARAZADAS CURA ESTREÑIMIENTO

CURA INTESTINOS

CURA DISPEPSIA NERVIOSA

¿Quiere usted ver precios novedades en postales? Visite usted la papelería de J. LOMBARDIA
Tarjetas de visita al minuto, cartas timbradas, estados, esquelas de defunción y todo lo concerniente al arte tipográfico a precios reducidos. Pidanse en la imprenta de LA VOZ.

SOBRE MONEDERO

para circulación per correo de valores en metálico
Servicio postal oficial, creado por Real decreto de 30 de Noviembre de 1899

El SOBRE MONEDERO circula entre todos los pueblos de la Península, Islas Baleares, Canarias y Costa de Africa, y donde no haya Administración de Correos, están obligados a admitirlo a la circulación los carteros y peatones rurales. El SOBRE MONEDERO es el medio más cómodo, sencillo y seguro para remitir dinero por correo, certificado, desde 5 céntimos hasta 50 pesetas, en cualquier clase de moneda y en toda clase de fracciones.

Con el SOBRE MONEDERO se evitan al público las molestias de todos los sistemas de giro; no es necesario el requisito de conocimiento y se entrega por el cartero en el domicilio del destinatario, aunque sea en la aldea más pequeña. Indispensable para encargos al comercio, suscripciones de periódicos, pedidos de libros, pensiones, mesadas, etc. Único que resuelve las dificultades del giro en pequeñas cantidades. El SOBRE MONEDERO tiene la GARANTIA DEL ESTADO que abona la cantidad declarada en caso de extravío. La COMPAÑIA ARRENDATARIA DE TABACOS tiene la exclusiva para la venta del SOBRE MONEDERO; lo expende en TODOS LOS ESTANCOS al precio de 25 CÉNTIMOS y abona a sus expendedores el 10 por 100 de PREMIO DE VENTA. Los pedidos a los Representantes de dicha Compañía Arrendataria en cada Provincia.

Oficinas—Goya, 19—Madrid

TALLER DE FUNDICIÓN DE CAMPANAS

JOSÉ ANTONIO BLANCO LÓPEZ

6, Campo de los Remedios, 6.—Mondoñedo

Esta casa que cuenta más de un siglo de existencia, es sumamente conocida, tanto por la buena construcción y excelente sonido de las campanas que fabrica, como por los inmejorables metales en ellas empleados y la gran economía en los precios; condiciones todas que ponen este taller a la altura de los mejores de su clase.

Los numerosos encargos recibidos, servidos a gusto e los clientes, son la mejor garantía para los que por primera vez honren esta ca-



sa con sus órdenes.

Fúndense desde el pequeño esquilon de una arroba, hasta la más grande campana que se desee y en hechura esquilonada, entrelle ó sistema romano.

Venta a plazos y al contado. Todas las campanas que en el acto de su colocación sea satisfecho su importe total, tendrá derecho la persona que las encargue a una considerable rebaja.

Las campanas fundidas en este taller serán garantizadas.

LA CATALANA

COMPAÑIA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS

40 AÑOS DE EXISTENCIA

CAPITAL 30.000.000

Esta sociedad tiene hecho un contrato con el Ilmo. Sr. Obispo de Tuy, de todas las Iglesias y Casas Rectorales de la Diócesis.

Representante en Mondoñedo:

D. Jesús Lombardía

GRAN OCASIÓN MAQUINARIA BARATA

Se vende en Cangas por haber cambiado de industria su dueño, una caldera de vapor y su máquina que desarrolla doce caballos efectivos. Cuatro aparatos sin fin de aserrar de los más modernos todo útil y con todos los accesorios necesarios, la cual trabajará aun por término de tres ó cuatro meses por cuenta de su dueño. Puede verse funcionar y los que deseen adquirirla diríjense a D. Heriberto González, Cangas (Foz), autorizado para la venta.

TALLER DE ESCULTURA DE Magariños y López LUGO

En este taller se construyen, pintan y arreglan toda clase de imágenes. También se construyen pintan y arreglan altares y se admiten toda clase de trabajos relacionados con la escultura. Las imágenes son esculpidas en una sola pieza de madera de castaño.

Nos permitimos advertir a los señores Curas párrocos que no hagan encargo alguno sin visitar antes este establecimiento, en la seguridad de que obtendrán grandes ventajas.

TALLERES: Calle del Obispo Aquirre.

"La Unión y el Fénix Español"

Compañía de seguros contra incendios SEGUROS SOBRE LA VIDA

Esta gran Compañía Nacional ha satisfecho por siniestros de incendio en 40 años que lleva de existencia la considerable suma de

Pesetas 101.547.867'09

AGENTE EN MONDOÑEDO:

Don Justo García

22—Marqués de Rodil—22

22—Marqués de Rodil—22